



TRAS LA MUERTE DE FRANCO Y LA PROCLAMACION DE  
JUAN CARLOS I: HONOR AL CAUDILLO Y VIVA EL REY

POLITICA INTERNACIONAL permanece habitualmente ajena a los acontecimientos puramente interiores españoles, e incluso a los extranjeros. Se hace eco de ellos en cuanto influyen en las relaciones internacionales. Por eso, y porque constituyen episodios históricos de alcance trascendental, recoge aquí el fin y el comienzo—sin rupturas ni fracturas, como pensaban muchos observadores extranjeros—de dos etapas consecutivas en la historia contemporánea de España. Una, la muerte del Generalísimo Franco, tras de un largo y nada monótono período que va de 1936 a 1975. Otra, el advenimiento del Rey Juan Carlos I a la Jefatura del Estado español a título de Rey, haciendo plena realidad las previsiones sucesorias de la Ley Fundamental de 26 de julio de 1947, que instauró la Monarquía como forma de gobierno de nuestra Patria.

No vamos a repetir aquí las múltiples manifestaciones de duelo por el óbito del Generalísimo Franco, y de bienvenida y complacencia por la proclamación del Rey Juan Carlos I. Plumas mejores, sin limitación en su examen de los variados aspectos de uno y otro tema, lo han hecho en publicaciones diarias, revistas, así como oralmente en declaraciones y manifestaciones. Lo que notoriamente ha sido, desde que se produjeron ambos hechos, el sentir común de los españoles no precisa reiteración. Aquí vamos sólo a recordar—en brevísima síntesis a tono con el carácter de estas líneas—los aspectos exteriores más sobresalientes de la política o conducción exterior de España durante el caudillaje de Franco, y, por falta de tiempo para mayores extensiones, del primer mensaje a las Cortes de la Corona, pronunciado por el Rey en su proclamación, también en cuanto a sus aspectos internacionales.

\* \* \*

Franco recogió una España desgarrada por una cruenta guerra, en la que desde el primer momento intervenían potencias extranjeras. El Gobierno de Madrid, muy penetrado por la devoción soviética de los comunistas, ayudado por Francia—tanto por beatería fanática gauchista como por su eterno designio de tratar a España como protectorado—y por otros países; México el más escandaloso. A Franco le ayudaron Alemania e Italia—tampoco románticamente: buscando un «cliente» adicto, y Berlín, una pieza de negociación—y más explicablemente por Portugal, que temía al iberismo rojo, el cual en 1974-75 lo ha invadido desde dentro. Terceros países, como Londres y Washington, procuraban jugar a dos paños, con encaramientos a estribor en su navegación. El juego revistió la forma convenida, pero falsa, de la «no-intervención», combinada con la negativa de muchos a reconocer las dos beligerancias enfrentadas (limitándose a una) y con el resultado—exaltado en el Congreso del SFIO en Toulouse—de que la guerra durara lo preciso para dejar a España exhausta y arruinada.

Pero, dentro de esas perspectivas, ya Franco tuvo que capear tormentas, como el intento de invasión del Marruecos jalifiano y la crisis europea que acabó en Munich en 1938. Salió airoso. La contienda la ganó no por mayor valor de sus combatientes o mayor ayuda exterior, sino por mayor orden interior (él hizo la guerra, y sus adversarios, una suerte de revolución caótica y de guerra que hasta el fin fue desordenada). Y salió sin hipotecas ni mermas. En 1939 mejoró relaciones con Francia (aunque París olvidó el Convenio Jordana-Berard). Hubiera mejorado todas las relaciones occidentales sin la peligrosa aparición de la II Gran Guerra.

\* \* \*

Con débiles y sobre todo flexibles lazos con Italia y Alemania, y con otros más pacíficos con Portugal, Franco tuvo un objetivo exterior, en el que acertó: mantener a España al margen del incendio que abrasó a muchos pueblos—vencedores y vencidos—y chamuscó a otros. Tuvo que emplear la táctica de los débiles frente a los fuertes, «ganar» o perder tiempo, no sin prepararse si llegaba lo irremediable; ante lo inevitable, si se producía. Regateó en Hendaya, Bordighera y, también, en Madrid, Berlín, Londres y Washington; envió el distractivo diplomático de la División Azul. Soportó los navycerts y bloqueos. En fin, llegó con España hostilizada, pero no invadida, a 1945. Era

previsible la ola de violento malhumor de los vencedores —y sus socorridos, como París— e hizo frente a sus manifestaciones: bloqueos onusianos y bilaterales; agresiones y pequeñas invasiones; invención de gobiernos exiliados, por cierto que sabrosa para México. El período se fue suavizando por sí y cayó en 1953-55. Primero, con los acuerdos con Washington y el Vaticano, y luego, con el ingreso en la ONU y sus «agencias».

Más tranquilo el ambiente exterior, negoció, incrementó intercambios y buscó orientaciones y ámbitos antes imposibles. En contacto, como tantos otros países, con la descolonización, el desarrollo y la «guerra fría», Franco «descolonizó» todo lo suavemente posible a Marruecos, Guinea, Ifni y dejó preparado el destino del Sahara. Claro que también pidió que se descolonizara a España en el Estrecho, sin resultado porque el problema era de cañones. Con los concursos exteriores a su alcance, acometió el desarrollo de España —«milagro» que desde cerca se ve mal y que, como todos los demás, ha tropezado con la crisis mundial desde 1973— y se mantuvo en la línea de amistad con los Estados Unidos, a través de sucesivos acuerdos (1963, 1968, 1970, 1974) que no fueron triunfales para Madrid ni del todo para Washington y que eran los únicos practicables ante la cerril oposición de los «europeos» oficiales, capitaneados por la CEE, y de los «atlantistas» también oficiales, encarnados en la OTAN. Y cultivó el complemento limitado de la amistad árabe y con el Tercer Mundo.

\* \* \*

Los últimos tiempos de Franco conocieron rudas pruebas exteriores, que han dañado a España sin lograr el móvil de abatirla. El terrorismo desde fuera, la oleada de salvajes agresiones y destrucciones, las campañas múltiples que para complacer al gauchismo —en realidad al temido y reverenciado Moscú— practicaron o dejaron practicar muchos países, a los que no se puede llamar ni gallardos ni previsores. La amistad árabe registró nubes; Portugal voló desde dentro —mientras perdía el Ultramar que le daba personalidad mundial—, y hasta sectores eclesiásticos, a su modo, se unieron al corro hostil. Hasta el último momento, Franco atendió a los problemas exteriores resistiendo al medio mundo hostil, con el apoyo, más bien platónico, del otro medio, y sobre todo la intuición de los españoles, que olfateaban el alcance de la actitud de la nueva Inquisición «democrática» y de sus últimos mentores: borrar el foco de resistencia que

desde 1939 en el cruce de Europa y Africa estorba al comunismo, más «consistente» en devorar al mundo que en coexistir dentro del mundo. Y ello pese a la apertura al Este de Madrid.

El primer mensaje de la Corona togó, con concisión, precisión e inteligencia los temas que más han interesado a España y también muchos de los que interesan en el exterior. Perfeccionamiento —término más propicio a malabarismos exteriores que el de democratización, al que comprende—, variedad en la unidad de España, fortalecimiento de derechos humanos con especial acento en los sociales, justicia para todos, sin olvidar ni privilegios, etc., fueron temas de índole doméstica, pese a su proyección externa. Europeísmo por entendimiento recíproco y no por sumisión de una parte, paz y colaboración internacionales, hermandad positiva y no retórica con los pueblos de la estirpe hispánica y, en fin, la correcta enunciación del anhelo español de recuperación de la integridad territorial, sin necesidad de añadir nombres, fueron hitos internacionales, acertadamente seleccionados e insuperablemente expuestos. No se podía decir más y mejor con menos, pero concisas, palabras. El mensaje tuvo un gran eco favorable dentro y fuera de casa.

\* \* \*

Acaso uno de los medios de comprobar el mejoramiento inicial —no se olvide esto para no sufrir confusiones ni desilusiones— del clímax exterior respecto de España, no tardó sólo en declaraciones, comentarios y mensajes, radicó también en la diferencia entre los asistentes a los funerales de Franco y los participantes en los primeros actos oficiales con proyección exterior del nuevo reinado.

La conclusión que POLITICA INTERNACIONAL estampa sobre este señalado período de la vida internacional de España, fiel a la línea que desde la aparición de la Revista ha mantenido, es muy sencilla. El horizonte exterior no es fácil para España, como para ningún pueblo, fuerte o débil, rico o pobre, pacífico o belicoso, relacionado o aislado. Nuestro mundo en sí origina problemas y algunos irresolubles, aunque abordables a base de cooperación internacional. Pero el cerco de incomprensión y hostilidad que rodeaba a España ha quebrado en algunos aspectos. Con adecuado tratamiento podrá consolidarse esa quiebra, permitiendo nuevos rumbos a nuestra Patria. Si del cerco (antiespañol, aunque se rotulara de antifranquismo) no tenía culpa el país acosado, en la ruptura inicial tiene su estimulante

TRAS LA MUERTE DE FRANCO Y LA PROCLAMACIÓN DE JUAN CARLOS I

causa, la simpatía, las dotes y la orientación del Rey o, para completar, de los Reyes, pues el real matrimonio comparte las condiciones de preparación internacional, tan precisas hoy a cualquier gobernante.

Con el dolor de ayer por la muerte de quien condujo a España treinta y nueve años y con la alegría de hoy por quien reina en España desde 1975, nos unimos al sentir nacional concluyendo: ¡HONOR AL CAUDILLO, VIVA EL REY!

J. M. C. T.

